

El Magisterio de Don Quijote

Eduardo Maggiora

*En homenaje a Cervantes y al
Cuarto Centenario de su obra eterna.
1615-2015*

Jamás dejará de resultarnos asombrosa la exuberancia del árbol cervantino, que con sus ramas de frondas doradas, ha cobijado desde hace siglos el dulce amorío y gustoso sentir del género humano. Es que la humanidad ha leído a Don Quijote y Don Quijote le ha fascinado, más aun, le ha cautivado irremisiblemente y ha sido medida en sus oídos de tantas locuras y certezas que nunca han dejado de resultarle tan familiares como verdaderas. En honor del cuarto centenario de tan colosal obra de Cervantes, pretendemos agregar de nuestra parte una interpretación más a las tantas y tan variadas palabras que se han abocado a explicar una y otra vez sobre la faz de los siglos la creación viva del pensamiento cervantino, pues como diría Menéndez y Pelayo, «precisamente porque el Quijote es obra de genio, y porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice, son posibles esas interpretaciones que a nadie se le ocurre aplicar a la obras de talento reflexivo y de la medianía laboriosa»¹

La humanidad entera se ha sentado sobre las faldas de Cervantes y se ha vuelto joven escuchando una y otra vez, en la melodía de una noche silenciosa, la historia de un loco en la que ha aprendido la constelación de las ciencias, ha aprendido a llorar y a reír, y ha aprendido a contemplar la eternidad de los cielos. Don Quijote le ha contado de sus aventuras y andanzas por las anchuras de aquella tierra

¹ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Estudios Cervantinos*, Buenos Aires, Coepla 1947, 143.

DIÁLOGO 70

llamada España; le ha contado acerca de su Reina y amada Dulcinea por la que ha empuñado tantas veces su lanza y ha recibido tantas afrentas; y también le ha contado de su irresistible sueño de mantenerse fiel hasta la muerte en los códigos de la Caballería temporal y en los de la Ley eterna de Dios.

Todo esto ha sido lo que Don Quijote nos ha contado con sus palabras de oro y sus gestos de epopeya, y todo esto ha sido lo que muchos han amado con fervor y lo que otros muchos han odiado con desprecio. El punto está en que Miguel de Cervantes, y junto con él su más prodigioso sueño vivo Don Quijote, nos ha dejado la imperiosa enseñanza y exaltación de la pedagogía de lo categórico sobre lo despreciable e inútil, el magisterio de los valores jerárquicos y virtudes que hacen al hombre más hombre, es decir, que constituyen al hombre en un ser verdaderamente libre y abierto a lo trascendente. Don Quijote residiendo desde la enorme cátedra de su locura, rodeado de paladines y amadices, torna una y otra vez su cabeza sobre los hombres para ayudarlos a razonar y discernir. Es maestro que desde su locura nos alecciona sabiamente y jamás deja de maravillarse a los espíritus con la armonía de sus cultas palabras y de su ejemplo grande. Porque es desde aquellas alturas voraces desde donde Don Quijote nos llama a seguirlo y a salir con él en todos los viajes ante todas las peripecias de un mundo encantado y lleno de peligros y hechiceros. Héroe y pedagogo, Don Quijote, nos obliga constantemente a dejar nuestro mundo de preocupaciones y egoísmos, para alcanzar el mundo de lo esencial por el cual vale la pena vivir y morir. Y es justamente cuando nosotros nos internamos en las tenues hojas de este libro vivo que nos encontramos frente a frente con aquel caballero andante, y nuestro espíritu espontáneamente se eleva de su miseria y busca imitarle con desenfreno. He aquí el magisterio de Don Quijote, que es el magisterio del Hombre Arquetípico, el magisterio del Hombre Modelo, el magisterio del Hombre esencial.

EL MAGISTERIO DE DON QUIJOTE

Allá por el siglo XVII, la España gloriosa de dos siglos de triunfos imperiales, madre fecunda de López y Calderones, de Teresas y de Colones, ya palpaba su decadencia ante el empuje avasallador del Liberalismo. El pulso de las águilas austriacas se encontraba extenuado de tantas interminables guerras maniobradas sobre los anchos tableros de dos continentes, y por otra parte, la política poco a poco se mostraba presa de ideólogos e ideologías funestas que hacían llorar a España en lo más íntimo de su ser nacional. Como signo supremo del desastre, España creyéndose que llegaría a ser más libre de lo que era, se llamó *liberal*, y con ello perdía toda su grandeza forjada a la luz del heroísmo y conquistada palmo a palmo con la nobleza de los grandes. Este y no otro es el triste escenario, digno de una tragedia griega, donde Cervantes ha ilustrado a Don Quijote. No en el de la España industriosa y descubridora de nuevos caminos y continentes para la tierra y de nuevos senderos místicos para los cielos, sino el escenario de una España que comenzaba a fermentarse y que moribunda desde su lecho de ignorancia todavía era capaz de reconocer su antigua cordura y pedía a un caballero loco que le enseñase a bien morir.

Ante aquella España disgregada, que en el ocaso de su vida alocada se dignaba a morir cuerdamente, Don Quijote, hombre esencial e hijo de la mejor caballería española, se armaba españolamente, es decir, caballero, y salía por los caminos para redimir a un mundo que estaba casi perdido. Porque el Arquetipo siempre tiene eso de Redentor y de Restaurador, que no puede no ejercerlo en la demanda de los más necesitados. Él es redentor porque con su mano y su ejemplo redime lo caído y lo coloca en las alturas de la virtud y de lo bello, que pasma el espíritu y lo deja en el éxtasis de la emulación. Él es hombre esencial que sabe que lo esencial está por encima de lo accidental, y que entrega su vida para redimir las esencias caídas y maltrechas mirando en ellas la plenitud de su perfección. Así el manchego, adiestra con su firme brazo a los labriegos, a las mujeres de la venta y a los venteros, y a todo aquel que se le cruce, no porque fuese un caballero de malsanas costumbres y de rematado juicio, sino porque de todos ellos exigía con irrenunciable empeño lo mejor de su ser. Ya no veía en las horribles

DIÁLOGO 70

cortesanas a mujeres de mala vida, ni a la venta como una pobre posada, ni a su ventero como un hombre sencillo, ni a Maritornes como una mujer espantosa. Sino que veía en ellos, aquello que debían llegar a ser, aquello a lo cual estaban llamados en virtud de su esencia y de su misión. La venta no era ya tan solo una posada pobre, sino un castillo repleto de ideales, las cortesanas tornaban ante sus ojos como damas recatadas, el ventero se vestía de gallardo caballero y en padre de caballería, y Maritornes se convertía en la misma Dulcinea que llena de encantos animaba el pecho lastimoso.

Levantar del polvo de la miseria a las almas y ennoblecerlas con el soplo de su virtud, es la tarea que Don Quijote realiza a lo largo de todo el libro y de todos los siglos. Y esto es lo que justamente hace un verdadero maestro con sus alumnos. Como bien enseñaba Jordán Bruno Genta: «Don Quijote, señor de piedad y de sapiencia, levanta con las manos graciosas y varoniles de las remontadas palabras y de las discretas y bien concertadas razones a los caídos, a los humildes, a los menesterosos, a la humanidad derrotada y claudicante, hasta la altura de su nobilísima condición y decoro de ser hasta la excelencia de la imagen y semejanza de Dios.»²

Si podemos decir que Don Quijote a lo largo de sus aventuras ha hablado y ha adoctrinado con el garbo de su hidalguía a tantos personajes, también debemos decir que de manera directa y continua sigue influyendo en las almas de sus lectores aun después de cuatrocientos años. Porque en un principio el lector medio desnudo e ignorante, al igual que Sancho, emprenderá su viaje en compañía de Don Quijote fiado de promesas de posibles gobiernos de ínsulas y grandes premios, pero poco a poco, irá comprendiendo que el gobierno prometido, no será otro que el de la ínsula de su propia alma y empezará a amar a Don Quijote en cada palabra alentadora, en cada gesto normativo, en cada victoria gozosa y en cada derrota triste que

² JORDÁN BRUNO GENTA, *Obras completas*, Buenos Aires, Dictio 1976, 155.

EL MAGISTERIO DE DON QUIJOTE

irá modelando las paredes de su alma caída. Lector y Sancho, Sancho y lector, son el primerísimo y último triunfo magisterial de Don Quijote, porque tanto en uno como en otro, Don Quijote despliega la fuerza heroica de su ancho brazo y el recio molde de su virtud y los eleva, ennoblece y perfecciona. Creemos que esto lo ha expresado mejor que nadie aquel gran estudioso y sabio comentador que ha tenido la obra de Cervantes, Marcelino Menéndez y Pelayo:

Lo que en su naturaleza hay de bajo e inferior, los apetitos francos y brutales, la tendencia prosaica y utilitaria, si no desaparecen del todo, van perdiendo terreno cada día bajo la mansa y suave disciplina sin sombra de austeridad que Don Quijote profesa; y lo que hay de sano y primitivo en el fondo de su alma, brota con irresistible empuje, ya en forma ingenuamente sentenciosa, ya en inesperadas efusiones de cándida honradez. Sancho no es un expresión incompleta y vulgar de la sabiduría práctica, no es solamente el coro humorístico que acompaña a la tragicomedia humana: es algo mayor y mejor que esto, es un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por Don Quijote; es el primero y mayor triunfo del ingenioso hidalgo; es la estatua moral que van labrando sus manos en materia tosca y rudísima a la cual comunica el sople de la inmortalidad.³

Creo que jamás dejarán de resultarnos las páginas más tristes de la literatura aquellas del final del libro en las que se narra la muerte de Don Quijote. Y no han de ser las más tristes las páginas de un Roldán desesperado ahogando su último suspiro de sangre en el viento de su cuerno; ni tampoco las de las suplicas desesperadas de Príamo rogando por el cadáver destrozado de su hijo el Domador de Caballos; ni aquellas otras tantas de las penurias y cegueras sufridas por Edipo desterrado; ¡no!, no han de ser aquellas páginas las más tristes, sino las

³ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Op. Cit.*, 143.

DIÁLOGO 70

de este pobre hidalgo manchego con resonancia de eternidad. Y el lector que tras las largas salidas y noches de vela, tras los azotes de las derrotas implacables y reveses sufridos por causa de un ideal, se encontrará como Sancho, rogando desesperadamente a su amo que vuelva a montar en su Rocinante y que se calce de espuelas y adarga y retorne a los caminos del mundo para acarrear a las almas a buen destino, y regará de oraciones y lágrimas aquel lecho de cordura sobre el cual su maestro acaba sus días risueños de vida.

Hoy después de cuatro siglos de ausencia, el lecho de Don Quijote permanece intacto y sobre su tumba se alza en homenaje de realeza su magisterio eterno, que ha llegado a ser eterno por lo que tenía de divino. Cervantes no solo ha logrado crear a un caballero de piel y huesos tan vivo como nosotros, sino que también ha tenido el reconocido mérito de lograr insertarlo dentro de lo clásico. Nacido en las reseca s tierras de España Don Quijote ha rebasado todo límite nacional, y ha afirmado a cada paso de su existencia la universalidad sobre el regionalismo. Pues lo clásico es aquello que tiene *una medida de belleza universal*, aquello que es apreciado por todas las culturas más allá de las costumbres e idiomas, aquello que nos da los cánones proporcionados para saber cómo es la belleza en cada cosa. Nosotros los argentinos, a diferencia de muchas naciones, jamás hemos logrado realizar una obra que sea medida de belleza universal, es decir, una obra clásica, porque si bien *Martín Fierro* es una obra ponderable y magnífica, no delimita cánones, ni puede ser apreciada por muchas más culturas que solo la nuestra. Pues como decíamos, las verdaderas obras clásicas no están ceñidas a ninguna cultura ni tiempo, y sus cánones rigen y se declaran señores de belleza a imitar por generaciones posteriores de hombres de todos los tiempos y lugares. El magisterio quijotesco es el magisterio de lo clásico, de lo que nunca muere por eterno y de lo que nunca puede ser limitado ni por el tiempo ni por una cultura. De ahí su universalidad sonriente hacia los cuatro puntos cardinales.

EL MAGISTERIO DE DON QUIJOTE

Llegados a este punto, creemos que terminar aquí con nuestras breves conjeturas acerca de la obra cervantina equivaldría a decir solo la mitad de la verdad y la mitad de menor importancia. Pues Don Quijote no es tan solo un hombre que por la sola fuerza de su brazo nos eleva de la miseria sin más requerimiento de ayuda, sino que nos pone de cara ante las realidades eternas y ante lo paradigmático, ante lo esencial y lo bello, porque se erige como mediador entre el alma necesitada y la divinidad. El mundo moderno, marchito en sus ojos de escepticismo, se ha cansado de proponer para nuestra exaltación una infinidad de falsos arquetipos y maestros, que carentes de todo contacto con la divinidad, hacen del hombre un súper- hombre, un ídolo deleznable de desmesura, pero no lo hacen más virtuoso ni santo. Frente a esta desgraciada verdad, Alonso Quijano se constituye cristianísimo caballero y se alza como verdadero maestro, no solo por la honradez de su vida esforzada, sino porque, como ya dijimos, nos pone en contacto con aquello que perfecciona al hombre y lo plenifica de modo acabado: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y al que quiera decir que Don Quijote nada tiene que ver con la Fe católica que profesa la Santa Iglesia de Jesucristo, que vaya a verificar sus doctrinas erróneas en cada una de las páginas de este libro, y en la historia de la batalla en la que cierto hombre perdió su mano defendiendo la Cristiandad. Nuestro Quijote, hombre esencial, parte en la defensa de la Santa Iglesia y de su causa y procura pelear y morir en la dulzura de sus leyes divinas. Y esto no es difícil de comprobarlo en sus largas conversaciones, en sus veladas, en sus ideales, y sobre todo en su cristianísima y cuerdisima muerte. Alonso nos arrebató de nuestro estado miserable, no para afirmar orgullosamente nuestro ser, no para idolatrar al hombre con bagatelas de vanagloria y pedantería, sino para mostrarnos que en esta vida pasajera somos llamados a ser imagen y semejanza de Jesucristo que es *la medida del hombre en su plenitud*. Nuestra vida sostenida en la tenacidad de la gracia divina y de cara a la eternidad arribará a su Fin o sucumbirá. Es por eso que de nada importan las derrotas o victorias materiales en esta vida emprestada en la que el buen vivir es la clave, porque al final de la jornada, el que se salva sabe y el que no, no sabe nada.

DIÁLOGO 70

Terminemos aquí con el hálito de estas palabras que han intentado ensayar sobre el papel el refinado tino del espíritu.

Innumerables son las cosas que se podrían decir con respecto al libro y creo que la crítica jamás agotará tales maravillosas páginas. Prueba acabada de ello es que el paso del tiempo, dejando en su camino las obras estériles y los baldíos esfuerzos, nos lo vuelve a presentar siempre de manera renovada, de manera clásica, con las leyes eternas del magisterio que nunca muere.

Rogamos a Dios, para que algún día vuelva a montar Don Quijote sobre la cúspide del magisterio argentino, y para que las almas, iluminadas por la sustanciosa doctrina de su enseñanza, desposen su vida con la Verdad.

«Ora por nosotros Señor de los tristes,
Que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
Coronado de áureo yelmo de ilusión,
Que nadie ha podido vencer todavía
Por la adarga en brazo toda fantasía
Y la lanza en ristre todo corazón»⁴.

⁴ RUBÉN DARÍO, *Antología poética, Letanías a Nuestro Señor Don Quijote*, Buenos Aires, Ediciones Chadopyf, 146.